

ct

# El muro

de  
Raúl Hernández Garrido

*(fragmento)*

Él era un amigo, nada más. Alguien con quién compartir un vino. Él no bebía. Sólo una vez probó un sol y sombra, y casi echa las tripas por la boca. Y fue porque yo insistí. Si vivió en casa conmigo, fue porque yo insistí. Él prefería no molestar, dormir en un banco del parque. Prefería helarse de frío ahí afuera, prefería que la piel se le abriera con la escarcha y que le partieran la cara una noche sí y otra no por tener cara de moro, y yo intentaba convencerle de que no era necesario, de que podía dormir ahí, que sobraban camas y a mí me venía bien ir a casa y saber que había alguien más.

Le conocí allí, en el parque. Yo salía a pasear, cuarenta minutos de ida y cuarenta de vuelta, antes de comer donde Julián. Cruzaba por el parque a la ida, volvía a cruzar por el parque a la vuelta. Era mejor eso, el paseo, la comida donde Julián, a estar metido en casa dándole vueltas a la cabeza una y otra vez. Un paseo y dejar que el tiempo pasara hasta llegar a la hora de las copas y de que encendieran la luz de los fluorescentes. Si era así, estaba salvado, otro día, a la cama e intentar dormirme antes de que la cabeza empezara a dar vueltas una y otra vez.

El chico siempre estaba en ese banco, sonriendo a todos los que pasaban, saludando. Buenos días. Con una forma de hablar extraña, como si le sobrara lengua y no le cupiera bien dentro de la boca. Esperando de los demás algo que nunca llegaba a pedirles. Llegó un día entre semana, un miércoles o un jueves, y al lunes de la semana siguiente todavía estaba ahí, un día, otro día, sin faltar nunca. Saludando a todos. Buenos días, buenos días. Le miré a los ojos. Continuamente me daba vueltas a la cabeza pensar en mi mujer una y otra vez. Para bien y para mal. No podía evitarlo, tampoco es que quisiera evitarlo. Me daba frío pensar lo solo que estaba. Nadie me iba a decir nada si se me ocurría irme a algún sitio sin avisar, nadie me iba a reprochar que llegara más tarde a casa. SI no iba a comer, no pasaría nada. Por las noches, nadie se molestaría si llegaba más tarde que lo normal, y aunque hiciera ruido nadie se iba a levantar por ello. No es que viera en los ojos del moro los ojos de nadie, y menos los ojos de ella. Pero siempre el pensar sobre mi mujer siempre estaba ahí, dando vueltas, una y otra vez, y entonces me di cuenta de que con tanto darle vueltas a lo mismo se me había borrado el recuerdo de su cara, de sus ojos. Y sólo me quedaba de ella la imagen de las fotos borrosas que están sobre el aparador. Unas fotos que nunca llegaron a parecerse a ella. El chico me miraba a los ojos. Unas veces le sostenía la mirada, enfadado. Otras, la bajaba.

Volví del paseo y me senté en el banco. Sudaba, porque ese día había ido y vuelto más rápido que lo habitual, y necesitaba descansar. Estuve ahí un buen rato. No sé si él ya estaba ahí, o si sentó después. No lo hizo porque yo estuviera ahí. Simplemente estaba ahí sentado para descansar, igual que yo. No podía echarle nada en cara. Estaba a mi lado. No me habló. No me daba miedo, aunque yo no llevara dinero, y eso hacía pensar que podía ser peligroso. Si se enfadaba y yo no tenía el dinero que me pedía.

No me pidió nada, ni hubo ninguna razón para pensar una amenaza. Pero todavía no quise oírle. Me preguntó quién era y yo le dije que ya no fumaba, que no tenía cigarrillos. Él se rió y dijo que él no me había pedido cigarrillos. Yo le dije que no tenía dinero, que no le iba a dar nada. Él se puso serio y me dijo que no quería pedirme nada, que si le molestaba, se iría, que solo quería hablar, le gustaba hablar con la gente. Yo era gente, pensé. Le conté quién era, pero no le dije nada de mi mujer, no le dije que ella acababa de morir y que ahora estaba solo. No tenía por qué contarle nada que importara. Sí le dije donde vivía, pero no le dije que vivía solo. Le conté quién había sido, antes, cómo me llamaban y de lo que era capaz de hacer. Y le dije, ahora habla tú.

Y entonces habló él, con esa forma de pronunciar que parecía que no le cabía la lengua dentro de la boca. Me habló mucho de España y nada de Marruecos. Me dijo que le había costado mucho llegar,

pero no me dijo por qué quiso venir hasta aquí. Me dijo que le gustaba el fútbol de los equipos de aquí, que en su tierra veían los partidos por la televisión y que se sabían las alineaciones de todos ellos. Le fui a preguntar algo acerca de Marruecos, pero él me interrumpió. Me dijo que si sabía de algún trabajo para él. Vino a por trabajo, pero tuvo mala suerte. Y él quería trabajar. Le miré, pero me lo pensé antes de decirle nada. Negué con la cabeza y le pregunté que de parte de Marruecos era. De Larache, me dijo. Yo no dije nada, moví la cabeza con gesto de saber, pero no dije nada más y la cosa quedó ahí. No dejé que me volviera a preguntar sobre un trabajo, me levanté, sin mirarle, me fui.